

Presentación

En el año 1986 la Asociación Católica de Propagandistas patrocinó la publicación de la obra de José María García Escudero *El pensamiento de Ángel Herrera. Antología política y social*, en la BAC. En ese mismo año, en el que se celebraba el centenario del nacimiento del primer presidente de la ACdP, como apunta Alfonso Ibáñez de Aldecoa en el prólogo, a pesar de la enorme importancia para la historia de la Iglesia en nuestro país que tiene don Ángel Herrera, apenas había estudios e investigaciones sobre la vida y obra del que fuera cardenal de Málaga.

Hoy, casi cuarenta años después, y cumplido ya el centenario de la propia Asociación, podemos comprobar que esa carencia ha sido suplida con creces. Son numerosas las publicaciones sobre el pensamiento de Herrera. Baste recordar *De periodista a cardenal*, del propio García Escudero, *Maestro de Espíritu* y *Biografía interior* de José Luis Gutiérrez García, o las recientes biografías de Pablo Sánchez Garrido y José María Eguaras.

La ACdP, a través de CEU Ediciones, ha sido protagonista en este impulso de la literatura sobre Herrera Oria. Con motivo del centenario de la Asociación en 2009 llevó a cabo una primera reedición de esta antología de las grandes líneas del pensamiento social y político de Herrera.

Se trata de una obra que fue en su momento y aún hoy lo sigue siendo, pilar y punto de partida para todo aquel que quiera introducirse en la obra del primer presidente de la ACdP. Por este motivo, se ha llevado a cabo esta tercera edición.

El pensamiento de Ángel Herrera viene a confirmar que fue verdaderamente una de las figuras clave en la revitalización del diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo. Nos encontramos con un corpus en el que se proponen principios para la acción y análisis certeros en el campo político y social. Principios que se nutren de la razón

natural, de la Doctrina Social de la Iglesia, del mejor patrimonio filosófico y literario español, de un riguroso conocimiento de la realidad del país y del mundo en el momento y, por supuesto, de una intensa vida interior y de oración.

Cuenta la obra con el citado texto introductorio de Ibáñez de Aldecoa, que acompañaba ya a la primera edición, y que presenta al lector las líneas fundamentales del volumen.

Quizá se suscite en el lector una cierta prevención al pensar en un supuesto anacronismo de unas palabras pronunciadas entre los años 20 y 60 del siglo xx. Desde luego las situaciones sociales y políticas a las que alude en concreto son muy distintas. Pero las enseñanzas que se destilan de ellas son imperecederas. Estamos ante una doctrina que, por estar precisamente enraizada en el evangelio, es aplicable a los diversos escenarios que se puedan suceder en la historia.

Es porque estamos sentados sobre los hombros de gigantes por lo que podemos llegar a ver más lejos. Esta idea que se le atribuye a Bernardo de Chartres y que ha sido repetida una y otra vez en toda obra de los pensadores de todas las épocas, acude ahora al comenzar este libro. Es Ángel Herrera Oria un gigante de nuestra historia y de la Iglesia. Y su pensamiento social no es en absoluto mera teoría, sino que precisa ponerlo en práctica por el bien del hombre y de la sociedad.

Por último debemos manifestar nuestro agradecimiento por las facilidades y apoyo de la familia de García Escudero para la realización de este proyecto, así como por el trabajo de revisión del propagandista Federico Jiménez de Cisneros.

PABLO VELASCO QUINTANA

Prólogo

En el programa de conmemoración del centenario de Ángel Herrera, nacido en Santander el día 19 de diciembre de 1886, la Asociación Católica de Propagandistas tiene la profunda satisfacción de patrocinar la edición de esta *Antología* de su pensamiento político y social, que de modo magistral ha preparado y recogido José María García Escudero, quien en un estudio introductorio, digno de seria meditación, nos lleva con rigor y amor a acercarnos a una persona de cuyo nombre no puede ya prescindir la historia del catolicismo español contemporáneo, como se reconoce objetiva y autorizadamente por relevantes personalidades de la Iglesia y de la vida civil.

García Escudero se lamenta de que, «a pesar de lo dicho, veinte años después de la muerte de Herrera no se le ha dedicado una sola biografía ni un estudio monográfico como los que, en cambio, han tenido otros que ni de lejos pueden comparársele». Esta es la fundamental motivación de la *Antología*: «preparar el terreno para la biografía o el estudio que algún día se haga». Es la conciencia crítica de un historiador que apela a la investigación para que llene un hueco que está demandando a voces ser descubierto y atendido.

En febrero de 1933 se afirmaba en *El Debate*: «Aún no sabe España quién es Ángel Herrera». En 1986 nos preguntamos si lo sabe ahora. Nos tememos que no, al menos como se le debe conocer. Se conocen líneas biográficas simplificadas, pero no se le conoce en su real dimensión y profundidad.

En otra ocasión he manifestado que es posible que no dispongamos todavía de la perspectiva temporal conveniente que permita acercarse con objetividad a la persona de Ángel Herrera. Estamos demasiado cerca de su obra, de su dilatada y heterogénea obra, para que no surjan fácilmente tendencias, interpretaciones equivocadas y lo que los físicos llaman «errores de paralaje».

El rumbo de la vida de Herrera y el carácter de su obra no facilitan la tarea biográfica. Por una parte, su trayectoria espiritual y eclesial desde seglar a cardenal, en un proyecto claro y permanente de evangelización y santificación, inclina hacia la hagiografía. Por otra parte, la proyección de su personalidad en la restauración cristiana del orden temporal es tan extensa, densa y variada, que no hay sector de la vida pública y social en el que no haya incidido de algún modo; lo que exige un amplio abanico de preparación y especialización para poder auscultar y juzgar con ciencia, rigor y fundamento. Las generalidades y las generalizaciones no suelen dar rigor a las investigaciones biográficas.

Además, también es posible que la propia personalidad de Herrera no facilite su conocimiento. Para entrar en su pensamiento y en el significado de sus actividades y de sus obras es preciso encontrar las claves de sus motivaciones, de sus reacciones y de sus pretensiones. Sin disponer de esas claves, no será fácil comprender las distancias, las paradojas y las aparentes contradicciones que en toda gran personalidad se advierten cuando es observada con simplicidad. Ángel Herrera fue una persona de cualidades nada vulgares, como ya lo adivinó el P. Ángel Ayala cuando en 1909 le encomendó la presidencia de la Asociación Católica de Jóvenes Propagandistas. Y lo que es vulgar suele estar compuesto de piezas que, presentándose dispersas, hacen compleja la recomposición en su unidad.

Esta *Antología* de García Escudero es una aportación inestimable para que España conozca a Herrera y para que el catolicismo español profundice en un pensamiento que tanto puede contribuir a ayudarnos a reflexionar sobre la vocación y misión de los laicos al servicio que la Iglesia está llamada a ofrecer al mundo de las realidades temporales.

No se puede comprender a Ángel Herrera sin referencia a la Asociación Católica de Propagandistas, como no se puede comprender a la Asociación Católica de Propagandistas sin referencia a Ángel Herrera. En la conmemoración de su centenario, esta mutua referencia aparece con un significado entrañable para los propagandistas. Porque es mucho lo que nos está diciendo y pidiendo desde su perspectiva histórica, y necesitábamos hacer un alto en el camino para reflexionar, incluso

para replantear el propio ser de la Asociación bajo su pensamiento y bajo su inspiración.

Herrera pertenece al grupo fundacional de la Asociación. Asume la presidencia desde el primer momento, en 1909, y la ejerce hasta que cambia el rumbo de su vida, en 1935, para iniciar los estudios del sacerdocio y seguir la carrera eclesiástica que le llevará hasta el cardenalato. Emociona pensar que el primer presidente de la Asociación tenía en su espíritu el carisma de príncipe de la Iglesia, y que la Asociación fue un cauce adecuado para su desarrollo y un terreno idóneo para su cultivo. Cuando hablamos de las obras del cardenal no falta la tentación de adjudicar la progenitura a la Asociación, porque, en palabras de Fernando Martín-Sánchez, fue la primera, la madre de las demás y las que las aglutina y les da savia. Lo cierto es que la Asociación fue la gran plataforma desde la que se lanzó Herrera a la tarea de la evangelización, en una empresa de proyección temporal que iba abriendo caminos en los más diversos terrenos de la vida social y pública, al mismo tiempo que la Asociación le suministraba energía espiritual y acompañamientos personales y colaboraciones que estaban a la altura de sus inquietudes y de su carismática dirección.

En nuestros días, la Iglesia está haciendo un llamamiento apremiante a los laicos. La sociedad necesita del mensaje de Cristo. No es cuestión de poder; es cuestión de servicio. Es un desafío a toda la humanidad, que propone la construcción de una Iglesia viva en permanente rejuvenecimiento; una Iglesia dialogante, abierta a los grandes y graves problemas del mundo; una Iglesia comunión y unidad, con aceptación y respeto al pluralismo; una Iglesia con capacidad de adaptación a las distintas culturas y de comprensión de las distintas opciones temporales; una Iglesia capaz de elaborar una espiritualidad nueva, apta para devolver la esperanza a la humanidad y sobre todo a las generaciones jóvenes y a los sectores sociales marginados. Y en esta empresa todos estamos o debemos estar comprometidos.

Cuando hacemos estas reflexiones no podemos eludir preguntarnos por lo que aconsejaría o sugeriría Ángel Herrera ante tal cúmulo de interrogantes como tiene ante sí el hombre, en un mundo con mentalidad secularizada, que con estructuras ateas o agnósticas

dificulta la recepción de los signos de la acción de Dios; en un mundo con una sociedad materializada en la que los valores del Evangelio se van arrinconando y se ven sustituidos por los reinados del dinero, del éxito y del sexo; en un mundo en que los seres humanos se encuentran desorientados, actuando sin trascendencia y sin norte, con la sola referencia de los instintos. ¡Qué falta nos hace Ángel Herrera en estos momentos en la Asociación! Su pensamiento y su inspiración permitirán disponer de unas directrices de las que no podemos ni debemos prescindir.

En diversas ocasiones nos hemos preguntado por el secreto del apostolado de la ACdP durante el mandato presidencial de Herrera y después de su mandato. Se encuentra posiblemente en dos recomendaciones constantes en el P. Ayala que Herrera supo asimilar como alumno aventajado: felicidad y alegría. Son los medios más adecuados para hacer viable y operativa la evangelización.

La felicidad no está en gozar de los placeres lícitos de la vida, como consciente o inconscientemente sentimos la mayoría de los seres humanos, incluso cristianos y aun de gran piedad, sino en vivir para el amor de Dios y del prójimo. «La felicidad es un don de Dios» que sólo en Dios se puede encontrar.

Dios concede al hombre la oportunidad de ser feliz, en cuanto le lleva a «amar, comprender y soportar a los demás, sirviéndoles como dice Cristo». Y «como ellos han de observar esa conducta con nosotros». Y eso «en familia, y en cualquier círculo de amistad y de convivencia». Es el Evangelio puro. Lo que quiso Cristo. En bellas palabras nos dice lo mismo Santa Teresa de Calcuta: «Ser cristiano no es otra cosa que darse».

Amor y humor. Felicidad y alegría: «Sin buen humor, nadie persevera en la lucha por la vida». Cooperar a recibir la gracia de Dios y a darse a los demás. Herrera aprendió del P. Ayala que «un alma de mal humor se hace odiosa, se hace triste, y la tristeza lleva al pecado». «No conocemos santos de mal humor». «El mal humor supone poco dominio de sí». El buen humor es don nativo algunas veces, pero también puede adquirirse con la gracia de Dios, «procurando ver las cosas con ojos optimistas».

Herrera fue un gran optimista. Tenía un optimismo contagioso, un optimismo santo que supo transmitir a la Asociación y a sus obras, porque se apoyaba en serena confianza de Dios, en la sencillez de espíritu y en la bondad de sus sentimientos. Hay un adagio chino: «El que no sabe sonreír no debe abrir su tienda». Como lección para la Asociación podemos aceptar: «El que no sabe sonreír no puede hacer apostolado fructífero». Un grupo de profesores de Estados Unidos visitó a la M. Teresa de Calcuta en solicitud de un algo que les ayudase a ser mejores, y la Madre les dijo con toda sencillez: «Sonreíos mutuamente».

Ángel Herrera, como presidente de la recién nacida Asociación, en el acto de la primera imposición de insignias, el 3 de diciembre de 1909, leyó la oración de la Asociación, por vez primera, como se hará ya siempre en todos los actos comunitarios. Eran palabras hermosas: «Señora: que veamos que el pesimismo es contrario a la gracia y a la fe, que todo lo alcanzan». Estas palabras, y algunas otras sentidas y certeras, han desaparecido de la oración de nuestros días. Me parece oportuno recuperar tales palabras*. El optimismo es uno de los grandes pilares en que se apoya el apostolado, y debe volver a ser «ejercido» por los propagandistas, evocándolo en una oración comunitaria y manifestándolo en todas nuestras tareas y obras.

¿Para qué se funda la Asociación Católica de Propagandistas? Herrera nos dirá que «es una institución singular; no creo que tenga pareja en otras naciones». «El fin de la Asociación es la propaganda en el campo social y político». Era consciente de que iba a despertar celos aun en personas de la mejor voluntad; «la nueva forma era incomprendida». Contrastaba la Asociación con la pasividad, prudencia y cautela exageradas «de ciertos sectores del catolicismo», y no había forma de deshacer la creencia generalizada de que en el fondo no había más que un movimiento político. Con estas ideas es fácil explicarse celos y adversarios. Se lamenta Herrera: «Hubo días verdaderamente difíciles, en los que se colocaron francamente enfrente de la Asociación incluso algunos de aquellos a quienes la Asociación quería servir con todas sus

* El consejo de Alfonso Ibáñez de Aldecoa fue acogido tiempo después y la oración del propagandista incluye esas palabras.

fuerzas». Si bien se consuela porque «la providencia de Dios nunca falta a los hombres de buena voluntad» y porque la Asociación ha tenido el honor «de gozar de la plena confianza y de la franca defensa de las figuras más excelsas de la Iglesia». La Asociación, que ha pasado momentos difíciles, «ha triunfado de la prueba del fuego y del hierro; no ha suspendido nunca su actuación; se ha adaptado maravillosamente a las circunstancias».

Se ha especulado mucho con el carácter político de la Asociación. Ya decía el P. Ayala que la Asociación «es una Asociación apolítica que preparará a sus miembros para influir en la sociedad, y también en la política, tal vez con mayor efecto que en ningún otro orden. No obstante, la Asociación de Propagandistas ni es política ni lo fue nunca».

Una cosa es que la Asociación no sea política y otra que sus miembros no puedan actuar en ella. La Asociación no se fundó para crear una fuerza en el sentido de grupo político, ni para hacer una agrupación que sólo se consagrara a la acción social, ni para hacer obra de pura propaganda religiosa. La Asociación se fundó para constituir una fuerza que pudiera de algún modo influir en la vida pública, incluso en la política, siguiendo las normas de la Iglesia, despertando y formando vocaciones cristianas para la vida pública, acogiendo en su seno a cuantos hacen programa de su vida la evangelización de lo social y de lo político, tuvieran las ideas que tuvieran en cuanto a proyectos concretos políticos de partido.

Herrera, tanto en su etapa de Asociación como en su etapa eclesial (sacerdote, obispo, cardenal), ha insistido reiteradamente sobre esta particularidad. «No fue un partido, pero mantuvo en la vida pública los principios de una sabia política que encarnó en las nuevas generaciones». «Hubo siempre propagandistas en distintos partidos políticos, lo cual prueba hasta qué punto, fiel a su naturaleza religiosa, la Asociación se conservó fuera y por encima de los partidos». En 1960 reitera esta opinión: «Clavad la vista en la posición actual de la Asociación. Es exactamente la misma de 1909. No se ha desnaturalizado lo más mínimo. Ni ha sido un partido político ni ha dejado de influir en la política nacional»; «la Asociación debe vivir siempre al margen de los partidos, ser elemento de unión y de concordia entre los varios

grupos políticos, mantener un sentido gubernamental y de apoyo al poder constituido [...]».

Por su propia naturaleza, la Asociación ha sido desde su fundación una institución de carácter religioso. Herrera dice que, «en cierto modo, la primera institución de Acción Católica, moderna, que existía en España»; «no es propiamente una rama de Acción Católica; pero no hay ninguna institución de Acción Católica que haya servido con más fidelidad a la Jerarquía que la Asociación de Propagandistas». La bandera de la Asociación ha sido siempre de incuestionable transparencia: «un alma, un corazón», «un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar», asumiendo las palabras de San Pío X a los católicos españoles.

Herrera pone el acento, el peso de la Asociación, en su naturaleza sobrenatural: «La Asociación es un espíritu; ante todo y sobre todo, un espíritu que ha encarnado en las más variadas instituciones públicas». «Hemos de ver en la Asociación una obra de Dios». «Hemos cometido imprudencias, ligerezas, locuras, pero la intención del servicio de Dios no nos ha abandonado; de ahí los fecundos resultados».

No siempre se comprende bien a la Asociación cuando se dice que pretende la selección y formación de minorías selectas. Selectas respecto del espíritu sobrenatural que debe acompañar a los propagandistas. Lo advirtió muy oportunamente el P. Ayala: «Una Asociación nacida para influir en la vida pública en todos los órdenes de la vida, y muy especialmente en el gobierno, ha de tener una base profundamente sobrenatural, so pena de exponerse a los peligros graves que brotan, espontáneamente, de la naturaleza de los cargos públicos».

Herrera tenía una gran confianza en el futuro de la Asociación. En repetidas ocasiones afirmó que la «Asociación es la obra de estos tiempos». «Estoy convencido de que la clausura del Concilio, conjugada con las especiales circunstancias históricas de España, abrirá una etapa de grandes posibilidades a la Asociación». «La Asociación no es todavía una obra madura ni consolidada; fue una verdadera inspiración; se halla a medio lograr; a pesar de ello, ha hecho tanto que conforta el ánimo para esperar un brillantísimo porvenir».

Es muy explicable que Herrera contemplase la Asociación desde perspectivas distintas cuando era miembro y presidente de la misma y

cuando, ya en el camino eclesiástico, iba dando los pasos de sacerdote, obispo, cardenal. Por ello la visión de la Asociación que tenía Herrera cuando dejó su presidencia y marchó a Friburgo para iniciar sus estudios sacerdotales y ordenarse en 1940 tiene un enorme valor para los propagandistas. Las instituciones se contemplan mejor, se pueden contemplar mejor, desde fuera que desde dentro, y si quien es espectador ha sido antes el primer protagonista y ha dejado el grupo, no por causas internas, sino por razones de superior destino y horizonte, la visión de esta persona viene a ser como un legado que hay que aceptar con profundo agradecimiento.

Ningún propagandista ha representado tanto en la Asociación como Herrera; ninguno ha trabajado tanto, se ha entregado tanto, ha aportado tanto como Herrera. Por ello sus palabras sobre el futuro de la Asociación han de recogerse como un privilegiado legado. Su mayor preocupación es la vida espiritual: «Será gloriosa su historia, y fecundísima, si conserva creciente e intensifica su vida espiritual». «Los fueros de la verdad me obligan a deciros que la Asociación necesita podar sus ramas frondosas e infundir más espíritu en la raíz. Más vida sobrenatural, más ansia de apostolado, más amor al sacrificio, más oración, más caridad». «La Asociación tiene un gran cuerpo, pero todavía carece del alma proporcionada a la magnitud de aquel. Para conseguir esta indispensable proporción es preciso amenguar el cuerpo y aumentar el espíritu». En cierta ocasión da un diagnóstico muy crudo: «La enfermedad de fondo es la decadencia del espíritu de la Asociación».

Herrera insiste e insiste sobre lo que constituye la piedra angular de todo apostolado: una gran unión con Dios y una profunda confianza en Él. Supone aceptar la verdad evangélica: «Permanece en el Señor y Él permanecerá en ti; si permaneces en el Señor y Él en ti, darás mucho fruto, porque sin Él no puedes hacer nada». La base sobrenatural en la que apoya su vida y su obra nos da el sentido de lo que pensó y de lo que hizo Herrera. Sin esta clave no es posible entender a Herrera ni entender a la Asociación Católica de Propagandistas. El católico, el propagandista, tiene que abordar su apostolado apoyándose con firmeza en la fe, que es un don del Espíritu Santo, que es preciso

demandar, merecer y asumir. Permaneciendo en el Señor, hagamos lo que creemos debemos hacer, y no tengamos excesiva preocupación por los resultados, valorados en magnitudes temporales, porque es Evangelio: «Busca primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se te dará por añadidura».

La preocupación de Herrera por el futuro de la Asociación desciende a consejos muy concretos. La Asociación no es una institución de grandes números. Nunca lo ha sido, ni lo debe ser, en palabras de Herrera: «Un consejo, el de siempre; no ensanchéis el grupo; pocos y escogidos; auténticas minorías directoras y con mucho espíritu sobrenatural y deseo ferviente de edificar el Cuerpo místico». «La Asociación debe ser una organización de minorías; minorías en el sentido en que empleó la palabra Pío XI [...] Pío XI sentaba la teoría de las minorías, renovada por el Concilio. El Concilio habla de los hombres nuevos [...]».

La condición de cristiano lleva implícita la cualidad de apóstol. No se precisa pertenecer a un apostolado colectivo para ser más apóstol. Al pertenecer a una institución de apostolado se potencian las aportaciones individuales, y con esta finalidad se necesita un grupo que actúe de motor. Pocos propagandistas escogidos por un espíritu sobrenatural, por su formación y por su aptitud para la promoción evangelizadora, pueden mover mucho y canalizar amplios programas de evangelización. Por ello la observación de Herrera sobre el número de propagandistas parece muy atendible en cualquier época. Lo importante no es el número, sino la sintonía que tengan los propagandistas con el carisma de la Asociación y con los objetivos apostólicos que la misma se propone, y la disposición de entregarse sin reservas a los programas de actividad que la Asociación tenga en desarrollo. Insiste Herrera: «No os preocupe el número. Dejad esa preocupación para los partidos políticos o para los sindicatos».

Otro consejo concreto de Herrera es el de la unidad: «Lo que le da fuerza expansiva es [...] el ser la Asociación una minoría perfectamente unida en la doctrina, en los métodos, en la disciplina y hasta en el afecto, que haga de todos un corazón y un alma solo». «La Asociación puede tener una misión primordial en cuanto puede contribuir a que personas llamadas a responsabilidades elevadas en la vida española

vivan unidas en la profesión de unos mismos ideales y de unos mismos valores que son el alma del Evangelio».

Los católicos podemos discrepar en proyectos políticos concretos, en organización y programación de las cuestiones temporales, sociales y políticas, pero tenemos la referencia unitaria a la misma fe y al mismo propósito cristiano de evangelizar la vida pública con los valores del cristianismo. La Asociación se propone aglutinar a personas que están dispuestas a llevar la fe a sus respectivas proyecciones personales, familiares, sociales, profesionales y de vida pública, con respeto a los caminos que cada uno elija en el abanico de opciones no contrarias a los principios del Evangelio.

Al conmemorar el centenario de Ángel Herrera, es inevitable contemplarle en su enorme personalidad, ante la que cualquier aproximación comparativa sólo podría ofrecer resultados demasiado decepcionantes. Ya lo advirtió Fernando Martín-Sánchez cuando sucedió a Herrera en la presidencia de la Asociación: «Confesemos que no hay cabeza lo bastante fuerte para sustentar sobre sus sienes la corona espiritual que ahora Ángel deja». Es una evidencia que abrumaba a Fernando en 1935, y que seguirá pesando aún más posteriormente, quizá porque a través del tiempo ese Ángel Herrera que deja la Asociación de seglar es ordenado sacerdote, diácono y presbítero en 1940, promovido a obispo en 1947 y elevado a la púrpura cardenalicia por Su Santidad Pablo VI en 1965. Ahora ya no vemos sólo en Herrera al joven seglar de veintidós años que deja el ejercicio de su carrera de abogado del Estado por asumir la presidencia de la ACdP y dedicarse de pleno al apostolado, iniciando la modernización del catolicismo español, promoviendo y dirigiendo obras de indudable significado para la Iglesia y para la sociedad. Ahora vemos a un Ángel Herrera cardenal, de forma que su personalidad empequeñece aún más a los que continuamos su obra en la Asociación de Propagandistas y pretendemos de buena fe seguir sus pasos y sus enseñanzas.

La verdad es que la propia personalidad de Herrera es el mejor estímulo, porque a través de su pensamiento, de sus reflexiones, de sus consejos, tenemos hoy directrices que nos permiten navegar con cierta confianza, en tanto que nos aproximemos a la confianza que

él tuvo siempre en Dios. Confortan las palabras de monseñor Riberi, cuando era nuncio de Su Santidad en España, refiriéndose a Herrera: «Como hombre de acción y hombre de pensamiento, ha procurado siempre que las obras, que en un primer momento se apoyan necesariamente en la persona del fundador, vayan pasando, paulatina pero inmediatamente, a manos de una pluralidad de hombres unidos por un pensamiento común y una acción concorde, a fin de que la obra no sea ya el resultado de una persona, sino el resultado conjunto de un grupo de vigorosas y seguras personalidades, muy influidas sin duda por quien las formara».

Nadie mejor que José María García Escudero para presentar esta *Antología* del pensamiento de Ángel Herrera. Es cierto que falta una biografía de Herrera, pero también es cierto que es precisamente García Escudero quien está facilitando el material para que tal biografía sea posible y quien, además, está ya trabajando en esta línea, aunque sea con trabajos parciales, que van configurando el conocimiento de la persona, de la vida y del pensamiento de Herrera.

Una muestra de dicha aportación es la magistral Introducción a esta *Antología* que, repetimos, lleva a muy serias meditaciones y que supone un conocimiento, una reflexión y un trabajo de investigación que sólo una persona de la talla intelectual de García Escudero podría acometer. La forma como describe las diferencias entre Herrera y la derecha tradicional es un modelo de lección que no deberá desconocerse en la reconstrucción social, moral y política de España en su proceso democrático. La exposición de los principios políticos de Herrera, que llevan al acatamiento del poder constituido de hecho, con garantía de permanencia por imperativo del bien común; a la distinción entre el poder, que debe ser respetado, y sus leyes, que pueden ser contestadas en caso de injusticia, y al deber de actuar en política, por medio de los partidos políticos, ofrece un análisis que puede ser el armazón de una filosofía política de la mayor riqueza en nuestro futuro inmediato. El rechazo de la violencia; la primacía de la conquista de la sociedad sobre la pretensión de conquista del poder, la fórmula de la conciliación; la actuación política en la libertad y desde la libertad; la operatividad de la primacía del bien común; y otras tantas cuestiones analizadas

por García Escudero con rigor y calidad hacen de su Introducción un documento de primera magnitud para conocer a Ángel Herrera y para reflexionar sobre el presente y futuro de España.

Merced a esta *Antología* y a la Introducción de García Escudero se pone al alcance del público la posibilidad de que pueda conocer más y comprender mejor a Ángel Herrera. La Asociación Católica de Propagandistas, que con el patrocinio de esta obra rinde homenaje de cariño, respeto y devoción a su primer presidente, agradece de todo corazón a José María García Escudero la labor que está realizando en su trabajo de investigación y divulgación sobre la persona, vida, obra y pensamiento de Ángel Herrera.

ALFONSO IBÁÑEZ DE ALDECOA
Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
del año 1985 al año 1993

Razón de este libro *

Hace dos años conmemoró los setenta y cinco de su fundación la Asociación Católica de Propagandistas, de la que Ángel Herrera fue fundador y primer presidente, alma y guía durante más de un cuarto de siglo. Patrocina la edición de este libro la Asociación, y su actual presidente, Alfonso Ibáñez de Aldecoa, me ha hecho el honor de prologarlo con unas reflexiones en las que, con ser importante lo que se refiere al pasado, lo es mucho más lo que mira al porvenir. A lo largo del turbulento período de la vida española que correspondió a la de Ángel Herrera, la mayor parte de las obras que había creado durante su etapa de seglar desaparecieron en la vorágine de la Guerra Civil, cuando era aún mucho lo que podía esperarse de ellas; otras sobrevivieron, y a estas se agregaron las que Herrera fundó durante la segunda etapa de su vida como sacerdote, obispo y cardenal; casi todas siguen en pie, como la misma Asociación de Propagandistas, madre de todas ellas.

Aunque habrían de haberse extinguido, y el nombre de su fundador seguiría reclamando la atención respetuosa de los españoles por lo que Pedro Laín Entralgo, después de exponer cuál fue la hazaña histórica de Herrera (arrancar a nuestro catolicismo del siglo XIX para meterlo en el XX), da como seguro: «que todo lo que en esa incipiente empresa de actualización religiosa y social llegue a ser fruto logrado, tendrá en su fondo, como una etapa y una condición absolutamente necesarias, la grande, la admirable obra personal de Ángel Herrera»; texto al que se puede añadir el que recientemente ha firmado Olegario González de Cardedal: si la Iglesia española ha entrado en la modernidad, «esto se debe, no en último lugar, a todo lo que pensaba, fue y puso en marcha, como actividad periodística, participación política e iluminación social, Ángel Herrera Oria».

* Como se indica en la presentación, este libro se editó en 1987.

Fuentes de la *Antología*

A pesar de lo dicho, a los dieciocho años de la muerte de Herrera no se le ha dedicado una sola biografía ni un estudio monográfico como los que, en cambio, han tenido otros que ni de lejos pueden comparársele. He procurado llenar ese hueco (y podría decir: esa vergüenza) preparando el terreno para la biografía o el estudio que algún día se hagan, con dos libros: unas *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, en que recojo el testimonio del medio centenar largo de personas que le conocieron y con las que me he entrevistado, y esta *Antología* de su pensamiento político y social.

He utilizado en ella las siguientes fuentes: el volumen de *Obras selectas* que publicó la Biblioteca de Autores Cristianos en 1963, donde se recogieron prácticamente en su totalidad los documentos pastorales que se editaron en 1955 y una gran parte de sus homilías, cartas, alocuciones y exhortaciones pastorales hasta la fecha del libro; el resto de dichas homilías y documentos publicados en el *Boletín oficial de la diócesis de Málaga*, hasta la dimisión de Herrera, cuya selección agradezco a don Manuel Díez de los Ríos, antiguo secretario del cardenal y hoy vicario general de la diócesis; el ideario que preparó Juan Luis de Simón Tobalina para el libro *Meditación sobre España*, que publicó la BAC en 1976, donde se incluyeron a modo de epílogo algunas páginas de las memorias que Herrera había empezado a dictar; el original mecanografiado de dichas memorias (unos ochenta folios numerados y algunos más sin numerar), que hace diez años tuve la oportunidad de consultar en la Editorial Católica y del que tomé buen número de notas, aunque actualmente hayan sido infructuosos mis esfuerzos para localizarlo; el archivo de la Editorial; algunos textos que me han facilitado Carlos Giner e Ignacio de Prada, y tres fuentes que merecen consideración especial.

La primera es la colección completa del *Boletín de la Asociación Católica de Propagandistas* desde el 15 de mayo de 1924, fecha de su primer número.

La segunda son los guiones homiléticos que Herrera publicó sin firma en la obra colectiva *La palabra de Cristo*, que bajo su dirección

editó la BAC en diez volúmenes, que fueron apareciendo desde 1953 hasta 1959; José Luis Gutiérrez García, actual director de la BAC, que intervino destacadamente en dicha obra y prepara una edición de esos guiones, me facilitó amablemente su relación, contrastada con el que fue secretario de Herrera, don José María Eguaras, hoy vicesecretario general del episcopado y, para los cuatro tomos primeros, con las indicaciones que el propio Herrera puso en los ejemplares que conserva monseñor Benavent, arzobispo dimisionario castrense, que fue su obispo auxiliar. La única licencia que me he permitido, de acuerdo con el editor, en la transcripción de los textos ha sido sustituir la puntuación aconsejada por el carácter didáctico de *La palabra de Cristo*, pero que fuera de ella haría su lectura fatigosa, por una puntuación normal.

La tercera fuente utilizada es el archivo de Herrera, que conserva el Instituto Social León XIII, y cuya consulta me han facilitado Ángel Berna, director del Instituto, y el profesor del mismo, José Sánchez Jiménez, que está realizando su ordenación. Contiene correspondencia de Herrera desde su nombramiento de obispo y aún anterior, y los 210 cuadernos íntimos, de heterogéneo contenido, en que el borrador de una homilía aparece junto a un ejercicio para el aprendizaje de idiomas, y las impresiones de un viaje al lado de las notas del método nemotécnico en que Herrera llegó a ser maestro, todo ello alternando la caligrafía normal con la taquigrafía, que también empleaba.

De las tres fuentes, especialmente la última, he hecho uso en la introducción a las *Conversaciones*, pero, naturalmente, su utilización ha sido máxima en esta *Antología*, cuyos textos, a consecuencia de ello, se pueden considerar inéditos en un 50%: relativamente, aunque sí para la mayoría de los lectores, los del *Boletín de la Asociación de Propagandistas*; desconocidos en cuanto a su autoría, los de *La palabra de Cristo*, y rigurosamente inéditos los procedentes del archivo.

Para su sistematización he adoptado el sistema de mi *Antología* sobre *El Pensamiento de El Debate* (BAC, 1983), que se puede considerar como complementaria de esta, puesto que Herrera se sirvió preferentemente del periódico que él fundó y dirigió durante más de veinte años para exponer sus ideas políticas y sociales.